

sin apercibirse de ello, se vuelve profeta. El júbilo que entónces llenó mi alma y el deseo insaciable de ver concluido el templo que se apoderó de mí, me hicieron presentir que algo grande y extraordinario iba á ocurrir. Debía ser tambien aquel dia para nosotros un dia de fiesta y de dulce recuerdo, y así fué.

Era el dia 30 de Abril de 1876, dia consagrado á nuestra amada Santa Catalina, en él se hicieron las escrituras y quedó terminado el contrato de compra del solar donde debía edificarse la casa de Dios en el Valle de Pompeya, y tres años despues, en igual fecha, mi dulce Santa me devolvió la vida con su intercesion, como diré en su lugar.

CAPÍTULO XII.

EL ARCÁNGEL DEL GAURO.

Apenas realizado el contrato, invité al señor Obispo de Nola á señalar el dia para la solemne funcion de la consagracion y de la colocacion de la *primera piedra* del templo de Pompeya.

Debemos elegir un dia de fiesta, dijo el Venerable Prelado, para que puedan asistir á la

funcion al menos los labradores del Valle, y me parece oportuno el primer domingo de Mayo, que cae en el dia 7 del mes.

—No, contesté yo, y si V. E. Ilma. me lo permite, preferiría fuese más bien el dia 8, aunque sea lunes, por ser aquel el dia dedicado al Arcángel San Miguel, pues así como ese Príncipe celestial arrojó del cielo á Luzbel, el angel rebelde, así tengo seguridad que arrojará á Satanás del Valle de Pompeya, donde ha reinado durante tantos siglos.

La eleccion de la fecha que proponía yo para la solemne funcion, precursora de tantas que debían celebrarse en aquel dia dedicado á San Miguel, no se originaba en mi solamente de la devocion que tengo á ese espíritu celeste, sino que tambien tenía otro motivo para ello.

Quien hallándose en el Valle de Pompeya extiende su mirada hácia el sur, descubre delante de sí los montes que forman como una barrera á Castellamare, Gagmano y Lettere. Uno entre ellos llama mayor atencion, tanto por ser el más alto y que como centinela avanzado domina todo el Valle, si que tambien por la hechura de su cumbrè, dividida en tres pequeños montes que tienen la forma de tres dedos de una mano, el más alto de los cuales se divide á su vez en su cima en otros tres picos.

El nombre de ese monte encierra también un misterio. En la antigüedad fué llamado *Glauro*, que quería decir *Gaudio*, alegría, ó más bien, como lo explican algunos cronistas, *Aureo*, monte de oro; los cristianos le llamaron *Sant Angelo*, en memoria del célebre acontecimiento que recuerda y celebra la Iglesia en el oficio de la fiesta de San Catello, el 19 de Enero.

Era el siglo séptimo de la Iglesia. Entónces era Obispo de Castellamare un santo varón, San Catello, que veneramos ahora como protector de aquella Ciudad. Ese Obispo, tenía la costumbre de recogerse de noche en las grutas de ese monte, acompañado del Abad de Sorrento, que era entónces San Antonino. Una noche, mientras estaban orando, se apareció el Arcángel San Miguel al Obispo de Castellamare, y le mandó que construyera una iglesia, que quedaría bajo su patronato, en la cima del monte y en el lugar que le sería señalado por la aparición de una llama de fuego. Esta apareció luego en la parte más elevada de los tres picos del *Gauro*.

Después de mil dificultades y contradicciones á que estuvo sujeto, y de haber sido injuriado y acusado injustamente en Roma, donde fué puesto en la cárcel, el Santo Obispo de Castellamare

pudo finalmente llevar á cabo la obra que le había sido encargada por el cielo (1).

En aquel pico brotó entónces una fuente de agua cristalina al par que salubre, que sirvió primero para los trabajos de construcción de la iglesia, y luego para refrescar y apagar la sed de las numerosas peregrinaciones de fieles que van cada año en el mes de Septiembre á venerar al Arcángel San Miguel en el templo edificado por San Catello en el lugar en que se le apareció (2).

En el momento en que el R. D. Genaro Federico me contó aquella conmovedora historia de la aparición de San Miguel sobre el *Gauro*, comprendí que el más poderoso Príncipe del cielo tenía ya una misión divina que cumplir en aquella tierra. Pero yo ignoraba entónces cuál

(1) Véanse las lecciones del Oficio de San Catello el día de su fiesta, 19 de Enero.

(2) Aquel templo y el concurso de fieles duró hasta el año de 1830, en que los bandidos se sirvieron de él como de un asilo, y nuestros soldados, mandados contra ellos para echarlos de allí, destruyeron el antiguo edificio. El Obispo de Castellamare salvó la preciosa estatua de mármol de San Miguel que San Catello había traído de Roma y que había colocado allí, y hoy el Ilustrísimo Monseñor Sarnello, actualmente Obispo de Castellamare, ha puesto ese precioso monumento histórico en una Capilla ricamente adornada en la nueva Catedral de aquella ciudad, en que recibe gran veneración.

fuese. Solo me parecía evidente que San Miguel debía ser el natural protector de ese lugar que había honrado con su aparicion, y con señales inequívocas de su patrocinio.

Por consiguiente, engolfado en ese pensamiento, hice al Obispo de Nola la proposicion que he indicado arriba.

—San Miguel, dije al venerable Prelado, fué el Angel de la Guarda de María Santísima en este mundo; San Miguel es el Protector de todas las iglesias de Dios; y San Miguel será el patrono y protector del nuevo templo de Pompeya.

El santo Obispo de Nola accedió á mis deseos, y descendió con lo que le pedía.

Mis presentimientos eran justos y quedaron realizados.

Este príncipe fuerte y poderoso nos ha mostrado frecuentemente el beneficio de su proteccion. Son inmurables los triunfos que ha reportado San Miguel de los enemigos visibles é invisibles, tanto nuestros como de aquel Santuario. La aparicion del siglo sétimo fué como precursora del reinado de María en este valle; que por tanto tiempo estuvo bajo la dominacion del demonio y del pecado. El prodigioso Arcángel echó á Satanás de la tierra pagana, sobre la cual debía empezar una nueva

época de gracia y aparecer un nuevo sol de misericordia.

Sea lo que fuere, lo cierto es que inspirado por la lectura de aquella prodigiosa aparicion, propuse al Obispo de Nola, en el año 1876, que la primera piedra de aquel santuario de María fuese puesta el dia 8 de Mayo, dedicado á la gloria de aquel Arcángel que fué el ángel tutelar de la Virgen Santísima, es ahora el defensor de todos los santuarios de María en el mundo, y que, como había aparecido sobre este valle, debía naturalmente protegerle de una manera especial.

Y siempre, desde entónces, cada año, el dia 8 de Mayo, le invocamos para que, junto con nosotros, glorifique á nuestra comun Soberana, y cada año, asimismo, recordamos dos solemnes epifanías. El más elevado Príncipe del cielo, que lleva el nombre de admirable, se manifestaba en la tierra y elegía para ese prodigio la cumbre de un monte. La mayor Soberana que jamás tuvieron cielo y tierra, se manifestaba tambien á los dolientes hijos de Eva, y elegía como á centro de sus portentos el humilde valle de una ciudad pagana, ya desaparecida.

Pero como la Virgen quería robustecer nuestra fé en su patrocinio y nuestra confianza en ella, para que no sucumbiéramos en las futuras

batallas que debíamos sostener y no retrocediésemos en la empresa comenzada, quiso obrar un quinto prodigio antes de que fuese colocada la primera piedra de su nuevo Santuario.

CAPÍTULO XIII.

QUINTA SEÑAL DEL CIELO ANTES DE LA COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DEL SANTUARIO.

Hacia mediados de Abril de aquel mismo año, el sacerdote Don Antonio Varone, de 56 años de edad, que vivía en Nápoles, en el *Vico Paradiso alla Salute*, núm. 65, cayó enfermo con un tifus maligno, junto con erisipela gangrenosa interna y externa, que se extendía desde las rodillas para abajo, hasta la extremidad de los pies, y cubría hasta las manos, la cara, la boca y la lengua, de modo que daba asco solo mirarlo. Empeorando cada día más, desahuciado por los médicos y llegado á los extremos, pidió y recibió los últimos Sacramentos de la Iglesia, el día 23 de Abril.

El médico que le asistía, Don Vicente Marsilia, le sacaba continuamente de la boca pedazos

de gangrena, lo cual hacían asimismo sus amigos en ausencia del médico.

En una consulta habida con los médicos Don Rafael Valeri y don Clemente del Gandio, declararon estos que no quedaba ya esperanza alguna, y que solo un milagro podía salvar al enfermo de un desenlace funesto.

Vários señores que presenciaron la consulta, fueron testigos de ese dictámen, por lo que todos sus vecinos del barrio de la salud estaban afligidísimos, pensando en la pérdida inminente del digno sacerdote, que era amado de todos los que le conocían, y cada hora, por los balcones, y en la calle, pedían al médico nuevas del estado del enfermo.

El sacerdote don Federico Caprioli, que había oído hablar de las gracias milagrosas conseguidas en Nápoles por medio de las ofrendas hechas para la nueva iglesia del Rosario en Pompeya, se llenó de esperanza; y aquel mismo día, que era domingo, tuvo una entrevista con la Condesa, con el fin de rogarle que fuese á visitar al enfermo, y recabase de él algun voto en caso de conseguir la salud.

La Condesa marchó enseguida para cumplir ese piadoso encargo, y al entrar en aquella casa, la halló llena de señores desconocidos que, gimiendo y llorando, la recibieron. Eran estos Don

Vicente Varone, D. Enrique Sorrentino, D. Vicente Manzano, los sacerdotes D. Vicente Varriale, D. Rafael Guglielmi, D. Pascual Varone, D. José Lebano y otros que, traspasados de dolor, esperaban por momentos ver espirar á su amigo. La Condesa se acercó al lecho del enfermo, y le halló con la cara desfigurada, amoratada, los lábios negros, la boca abierta, la respiracion oprimida, y en tal estado en fin, que parecía iba, á exhalar el último suspiro. Aquella vista llenó de horror é hizo estremecer involuntariamente á la Condesa; sin embargo, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, dijo al enfermo: *Padre, la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya está obrando grandes prodigios para su nueva iglesia. ¿Quiere V. prometer que si consigue la salud milagrosamente, lo manifestará á todos y dejará una escritura auténtica que así lo atestigüe?*

Al oír esas palabras, el moribundo echó á llorar, y aunque con gran dificultad, contestó:

Cumpliré todo lo que V. prometa en mi nombre; y cruzó los brazos como quien ruega, mientras que los circunstantes, puestos de hinojos, rezaban un Ave-María á nuestra Señora del Rosario de Pompeya. Todos lloraban, y la Condesa añadió: Tengan fé, que nuestra Señora concederá la gracia.

Pues bien; aquella misma noche empezó la mejoría; desprendióse la carne agangrenada, volvió á cubrirse la cara y el cuerpo todo de nueva piel, y hasta las uñas volvieron á renacer.

Viéndose ya del todo sano, parecía haber sido mero sueño ó juego de fantasía todo cuanto había ocurrido, y hasta la visita de una Señora que le había hablado de una iglesia que estaba para ser edificada en Pompeya, tomaba por una triste ilusion; así pues, creyó poder satisfacer su devocion con celebrar en accion de gracias el Santo sacrificio de la Misa en S. Nicolás de Tolentino, donde se tributaba homenaje de veneracion á la Virgen de Lourdes, formando en su corazon el siguiente razonamiento: lo mismo dá Lourdes que Pompeya, pues siempre es la misma la protagonista de mi culto, que es la Virgen sin mancha, y yo me ahorro el ir hasta Pompeya.

○ Pero la Señora del Universo que, por altísimos fines, escogió este lugar para que en él la honren, con preferencia á otros muchos, y donde quiere que acudan sus hijos á rogarla y cantar sus alabanzas, permitió lo que vamos á poner á continuacion:

Era el 12 de Junio, y habiendo oído la Condesa y yo la curacion milagrosa del citado Presbítero, Sr. Barone, fuimos á visitarle, para

hacernos con el atestado que había prometido, y para recibir de él las limosnas que hubiese podido recoger entre los fieles. Pero ¡cuál no fué nuestra sorpresa cuando le oimos primero, y despues nos fué dado verle con nuestros propios ojos, postrado en el lecho, con una ardentísima calentura y agudísimos dolores!

Llenos de sentimiento y de asombro, preguntamos por la causa de esta nueva enfermedad, mas no se pudo recabar respuesta alguna.

Preguntamos despues qué había hecho en órden á la iglesia de Pompeya, y habiendo entendido que no había hecho nada, le recordamos enseguida sus promesas, y le excitamos á cumplirlas para que volviese á recobrar la salud perdida.

Entónces, excusándose de lo pasado, prometió nuevamente no solo publicar el milagro por doquiera, si que tambien ir, tan pronto como pudiese, á Pompeya, y testificarlo al Sr. Obispo y á todos.

Pues bien; por la noche, en que parecía subiría de punto el mal, quedó por el contrario del todo libre y sano, de modo que llegado el dia, pudo abandonar la cama y salir de casa á celebrar la santa Misa.

El dia de la fiesta del Rosario hallábase el dicho Sr. D. Antonio Varone en el valle de

Pompeya, celebró la santa Misa, y acabado el santo Sacrificio, entre un torrente de lágrimas que brotaban de sus ojos, contó á todos el acontecimiento prodigioso (1).

CAPÍTULO XIV.

EL 8 DE MAYO DE 1876 SE COLOCA
LA PRIMERA PIEDRA DEL SANTUARIO.

Llegó al fin el dia tan deseado y en tantas maneras combatido, el dia consagrado al Príncipe de los Ángeles, el 8 de Mayo, que aquel año había caído en lúnes. Sobre el suelo que acabamos de comprar, cubierto de yerba y entreabierto con arado, extendimos un pabellon, y á su sombra levantamos un altar formado con una plancha colocada sobre dos toneles, y lo

(1) Este caso lo deponen con sus firmas los señores don Antonio Varone, Presbítero.—D. Federico Caprioli, Presbítero.—La Condesa Mariana de Fusco.—Vicente Manzano, —Francisco Anselmi.—D. Genaro Gattone, Presbítero.—Cayetano Nigro.—D. Pascual Varone, Presbítero.—P. Basilio de Nápoles.—Amado Nigro.—Antonio Nigro.—Vicente Varone.—Enrique Sorrentino.—Vicente Sorrentino.—Luis Vecchione.—Josefina Salvati.—D. Vicente Varriale, Presbítero.—José Lebano.—Genaro Pellizzone.—D. Rafael Guglielmi, Presbítero.—El abogado Bartolo Longo.—Hay tambien certificados del Doctor Vicente Marsilia y del Profesor Rafael Valiere.

cubrimos con lienzos y telas. Un crucifijo y dos candeleros era todo el lujoso aparato que debía dar principio al templo de Pompeya, que pronto había de llegar á ser monumental y atraer las miradas del universo todo. En el fondo del pabellon, en la parte superior del altar, destacábase, en campo dorado, la vieja imágen del Rosario, que no había sido aún retocada por Maldarelli, sino tal como la dejó el primer pintor, que fué el Sr. Galella, conforme queda dicho.

El Sr. Obispo de Nola, en cuya diócesis está situada Pompeya, acompañado de su vicario, canónigos y del párroco de Nola, como tambien de otros sacerdotes de la vecindad, venía, con toda pompa y solemnidad, á este valle, con el objeto de celebrar el acto conmovedor de la colocacion de la *primera piedra* del Santuario.

Era un dia sobremanera encantador, y el rey de los astros apareció cual nunca esplendoroso, despidiendo de sí inmensas hondas de luz y de nacaradas perlas que, con sus benéficos influjos, vivificaban la campiña toda, brotando de ella infinito número de bellas y caprichosas flores, y cubriendo su misma faz con la hermosa alfombra verde de todo género de follaje.

Frente al Vesuvio, que erguido alzaba su majestuosa cresta de humo, y allí al lado del

anfiteatro, que entónces no estaba aún cubierto con el terraplen que ahora lo esconde á la vista del viajero, y en medio de ese cuadro encantador, se realizaron, bajo la humilde tienda mencionada, las más hermosas al par que conmovedoras ceremonias de la Iglesia Católica, merced á las cuales esta tierra abandonada se había de trasformar pronto en *habitacion santa de Dios*, y este triste yermo en *Santuario y Camino del Cielo*.

Todos los espectadores de tan magnífica funcion, reducíanse á unas pobres gentes de dichas tierras, con más unas trescientas señoras y señores napolitanos, entre quienes se contaban vários que habían conseguido gracias de la Virgen.

Notábanse, entre otros, las respectivas familias de los Sres. Miccio y Vastarella, con la señorita Conchita que casi había sido resucitada de muerte á vida merced á nuestra Señora de Pompeya. Véase tambien la familia de la señora Ana María Lucarelli, de Nápoles, que se jactaba en deponer auténticamente que ella había sido sobre quien había recaído la *primera gracia* que la Virgen del Rosario, invocada bajo el nuevo título de *Pompeya*, había dispensado desde el cielo. Véase, asimismo, á José Federico, de quien arriba hemos hecho mencion,

acompañado de todos sus hijos, cumpliendo la promesa que habían hecho. Finalmente, Ernestina Freda, la Duquesa de Messanella, la Marquesa Ruffo, con su familia, y los Sres. Murena y Lavorgna de Nápoles, nos rodeaban y formaban, por decirlo así, nuestra corona.

¡Oh! con qué gusto y alegría recuerdo la memorable fecha del 8 de Mayo de 1876, á todos aquellos á quienes cabe la felicidad de venir y presentarse aquí! ¿Quién puede calcular la gran gloria que se sigue á Dios y á los hombres de edificar un templo consagrado á la Virgen María en la vetusta tierra de Pompeya? ¿Quién podrá además formar un cálculo exacto de los beneficios de todo género que prodigará por centenares de años á los habitantes de esta tierra la nueva iglesia del Valle de Pompeya?

Inmenso cúmulo de méritos, á no dudarlo, coronará en lo que las reste de vida á todas aquellas almas generosas que, con caridad verdaderamente cristiana, han contribuido con su óbolo á obra tan celestial.

¡Qué admirable contraste! A los necios é incrédulos, que no pueden llegar á penetrar los fines y las razones supremas de ciertos acontecimientos, les parecerá una simple casualidad;

pero al creyente, á la luz de la filosofía de la historia, le parecerá evidente la ley eterna de orden y de la Providencia divina que dirige admirablemente los acontecimientos y destinos humanos. Aquel mismo día y aquella misma hora, por un suceso imprevisto, fué botado el buque de guerra *il Duilio* sobre el inmenso volúmen de las aguas de Castellamar de *Stabia*. Y á cuatro millas de allí, en el Valle de Pompeya, se daba asimismo solemne principio á otra mística *Nave*, bajo el más glorioso y magnífico título de la Reina del Santísimo Rosario. Allá, á una obra de la destreza y gloria humanas, presta su asistencia un Príncipe de la tierra (1): acá, á una obra de caridad y gloria del todo divinas, acude con su humildad, al par que con sublime majestad, un Pastor de la Santa Iglesia, el santo Obispo de Nola; el cual, investido con la autoridad que emana de Cristo, trasforma el mármol frío en cosa sagrada, y con ella empieza el edificio que une en santo y estrecho lazo de afectos el cielo y la tierra, á Dios con los hombres, y al tiempo con la eternidad. Hay más. Aquel formidable buque guarnecido de hierro, viene á ser un instrumento de *muerte*. Esta santa Nave, obra del amor y de la paz, dará la

(1) Víctor Manuel II.

vida eterna á tantos y tantos pecadores que vendrán aquí á lavarse en las aguas de la penitencia; á tantas y tantas afligidas madres y viudas que conseguirán aquí la paz sempiterna á las almas de sus predilectos finados; á tantos enfermos y débiles, afligidos y moribundos que hallarán aquí el bálsamo saludable para curar sus llagas, el alivio de sus angustias y amarguras, y la perfecta salud de los que se hallan constituidos en el trance postrero de la vida.

En Castellamare, inmenso gentío, que había acudido allí por doquiera, gran movimiento, instancias importunas, confusion por mar y tierra, condecoraciones y banderas, festivos aplausos y conciertos musicales, flores y luminarias, vestidos de gala y magnificencias de una belleza fugaz y pasajera. En el Valle de Pompeya, unos pobres aldeanos y aldeanas, con la simplicidad que les caracteriza, grupos de vivos y alegres jóvenes, y finalmente, viejos de longevidad proverbial (1), en cuyas risueñas facciones se revelan la pureza del alma y una piedad afectuosa y

(1) En el Valle de Pompeya se ven con frecuencia ejemplos de extraordinaria longevidad. Aquel día estaba presente á la función un viejo que había visto pasar impávido 107 inviernos: llamábase José Zappetella, y su esposa contaba ya 105 años. Poco despues murió él, y á los quince días siguióle su mujer. Hoy mismo, que estoy escribiendo esto, ha venido á congratularse conmigo un aldeano que

llena de tranquilidad; y todo esto sin otro llamamiento que el repique de dos campanas pequeñas, que de vez en cuando anuncian alegres, por los valles que nos rodean, alguna fiesta religiosa, ni gritos entusiastas, ni género alguno de ruido, sino un silencio melancólico y suave de la verde campiña, interrumpido alguna que otra vez por las dulces y fervorosas plegarias de unos cuantos fieles que, profundamente emocionados y arrasados los ojos en lágrimas, unen sus voces con los eternos cánticos de los Ángeles que, á no dudarlo, glorifica á Dios en este lugar señalado para su *Santuario, morada y trono de sus misericordias*.

lleva el nombre de Catello, sobre cuyos hombros pesan 106 años. Y el custodio de nuestra *Via Sacra*, Angelo Solimene, uno de los bisabuelos de la presente generación de este Valle que tiene el cuidado de reparar con su azadon los desperfectos que los carruajes y caballos suelen ocasionar en dicho camino, cuenta ya 92 años y todavía trabaja. En el decurso de dieciseis años que estamos en este lugar, no ha muerto ninguno de cuantos dieron con nosotros principio á la nueva iglesia, á excepcion del anciano Párroco Cirilo, que fué el primero que obtuvo dicho cargo en el moderno Valle; era ya de 79 años de edad, y precisamente la tarde del día antecedente, había venido á la Parroquia con el objeto de dar la bendición que se acostumbra. José Federico, que contaba 75 años, Angelo Tortora, alcalde, que le cupo la dicha de llevar sobre su carro cargado de estiércol, la imagen del Rosario, tambien de 75 años, y Fernando Vitiello de 89. (R. I. P.)

El sermón estuvo á cargo del ya célebre orador Paulino Antiello, canónigo y párroco de Marigliano, quien con su elocuente, santa é inspirada palabra, conmovió de tal manera los ánimos de los fieles, que desde luego dejaron más de quinientas pesetas destinadas á la construcción del nuevo templo. Regaló un señor una cruz de oro, y una pobre jovencita, no siendo dueña de otra cosa, tuvo la generosidad de arrancarse los pendientes y depositarlos para la fábrica de dicha iglesia de María.

Eran ya las once de la mañana, y el Señor Obispo estaba ya bendiciendo la *primera piedra*. El aire seguía tranquilo, como si en aquel momento solemne hubiera replegado sus ligeras alas, y un profundo y religioso silencio tenía recogidos á todos. Mas cuando el venerable Prelado, á punta de cuchillo, formó sobre el frío mármol la sacrosanta señal de la cruz, se dejó oír de repente un fuerte chasquido de las ramas, un murmullo del viento que, arrojando las hojas de los árboles y tomando proporciones cada vez mayores y más vigorosas, cual si fuera un torbellino, envolvió á todos en densa nube de polvo. Parecía que la naturaleza toda sentía el poder de la cruz de Cristo.

A poco rato todos nosotros, que estábamos arrodillados en el suelo, nos levantamos juntamente,

y formando una religiosa procesion, seguimos al Sr. Obispo de Nola que, en medio de sus sagrados ministros, iba á colocar, en el hoyo abierto al efecto, *primera piedra* del Santuario de María, entonando la Letanía de los Santos.

Y en aquel mismo momento llegó á nuestros oídos el estruendo que había producido la salva de los cañones que, saludando en Castellamare á un Rey terreno, y repercutiendo en el Valle de Pompeya, parecía también que deseaban llegase aquí su ensordecedora voz, para dar realce y cumplimiento á la augusta ceremonia y saludar, con su propio lenguaje, la *piedra angular* sobre que había de descansar el templo de Dios.

Así quedó plantada, sobre este infecundo y abandonado suelo, la cruz, el estandarte real de la bendicion, de la civilizacion y de la redencion.

En el hoyo que fué preparado para colocar la primera y fundamental pilastra del templo, que es la primera del arco mayor á la izquierda, bajo la *primera piedra* del edificio divino, pusimos algunas monedas de oro, plata y bronce, en reconocimiento del supremo dominio que ejerce el Señor del cielo y de la tierra sobre nosotros y sobre nuestros bienes; y en la misma cajita que contenía las monedas, colocamos, dentro de un tubo de vidrio, escritos el nombre

de la Condesa, el del Rdo. D. Federico y el mio, con los de otros que en aquellos principios nos ayudaban con sus valiosos recursos. Era fiel expresion de un total abandono en el poderoso patrocinio de la Madre de Dios, era una señal de verdadera fé en Cristo, nuestro Rey, Señor, Redentor y Juez, bajo cuyo estandarte real reñimos valerosamente sus batallas en esta vida, y en cuyo nombre omnipotente seremos coronados en la que está por venir.

A poca distancia del Anfiteatro de Pompeya, de aquella ciudad en un tiempo teatro de placeres propios de la gentilidad, y embrutecida por razon del culto que prestaba á los ídolos y al demonio, y ahora silenciosa y envuelta en un monton de ruinas y escombros, se levantó, finalmente, en el dia consagrado al Príncipe de los Angeles, silenciosa en verdad, pero majestuosa y sublime, la cruz de Cristo-Dios, que lleva siempre la vida y la verdadera civilizacion á los pueblos todos. Allí, á la sombra del altar dedicado á la Virgen pura, descansarán tal vez el cansado viajero y el angustiado aldeano. Allí la Virgen Madre, teniendo en su brazo izquierdo al que sostiene los cielos, y en el derecho el Rosario, nos señala el *antiguo remedio de todos los males, la destruccion de las herejías y la ayuda de los cristianos.*

Ella, desde este nuevo trono de misericordia, teniendo en la mano la insignia de su amor al par que de su dolor, á saber, el Rosario y la Cruz, dirige su mirada á los mortales, y les dice:

—Oh vosotros, que estais atribulados y traspasados con la espada de dolor, tomad la medicina para vuestras llagas. He aquí mi corona de celestiales rosas: ceñid con ella vuestro corazon, ofrecedla cada dia á mis piés, y yo os libraré de la muerte.

La vida que llevais sobre la tierra no es más que una peregrinacion, un destierro; no sois más que polvo; pero mis rosas son inmarcesibles y vivificadoras; y yo, que soy la Madre de los pecadores, vendré á coronaros en el dia de vuestra agonía.

A estas horas el formidable buque de guerra *il Duilio* está ya cumpliendo su destino, como tambien esta mística Nave, si bien esta necesita aún de algunos recursos para del todo quedar acabada. Para aquella obra, totalmente material y perecedera y expuesta á mil peligros, hanse gastado millones de pesetas; por esta otra, totalmente celestial y espiritual y sobremanera sublime y benéfica, no se pide más que *cinco céntimos cada mes!* Pero la Virgen María es, por decirlo así, todopoderosa! y hoy mismo que escribo esto, he

gastado para aquel templo millon y medio de pesetas!...

María, que en estos tiempos quiere salvar las almas con aquel mismo Rosario con que salvó á la sociedad civil del siglo XIII, segun Ella misma lo manifestaba allá en la montaña de Lourdes; nuestra dulce y piadosa Madre, desea este templo á ella dedicado en prenda de su amor para con los hombres, bajo el título del Rosario. Y los acontecimientos extraordinarios que se han realizado en el decurso de catorce años, y las gracias que Ella concede á los fieles de todo rango y de todo país, tan solo por contribuir á la ereccion de su predilecto templo, dán una completa seguridad, y dilatan el corazon con la más dulce esperanza.

FIN.



LIBRO CUARTO

La fundación del Templo.

CAPÍTULO I

MAYO DE 1876.

§ I. El plan del Santuario.

La primera piedra del edificio que había de ser un día *casa del Señor* en Pompeya, había sido colocada como base de una nueva Arca de Noé, destinada á reconciliar con Dios la culpable generación del siglo décimo nono con la próxima generación del vigésimo.

En el ardor de nuestros deseos, nos parecia haber vencido las mayores dificultades que desde el principio habían surgido, y que por fin habíamos llegado al día tan suspirado *de echar las bases de un templo al Dios verdadero sobre la tierra de los dioses falsos.*